

EL CRISTO RESUCITADO

elder David B. Haight
del Quórum de los Doce Apóstoles



"Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mi, aunque este muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mi no morirá eternamente." (Juan 11:25-26.)

En esta gloriosa mañana de Pascua siento gozo junto con vosotros y con millones de personas en todo el mundo cuyos corazones se vuelven hacia Jesús de Nazaret. A la mujer samaritana en el pozo de Jacob, quien dijo: "Sé que ha de venir el Mesías. . .; cuando el venga nos declarara todas las cosas", vino la declaración de Cristo: "Yo soy, el que habla contigo". (Juan 4:25-26.)

Los antiguos Apóstoles y otros testigos han narrado muchos de los acontecimientos celestiales que precedieron y luego siguieron la crucifixión de nuestro Señor.

De acuerdo con estas narraciones, José, un hombre rico de Arimatea que era miembro del Sanedrín, no había declarado públicamente que creía en Jesús porque temía a las autoridades judías. Pero entonces, tanto la tristeza como la indignación le dieron el valor para pedirle a Pilato si podía llevarse el cuerpo de Jesús. a lo cual accedió.

Nicodemo, un noble discípulo que había visitado a Jesús de noche para que nadie los viera juntos, le ayudó a José con los preparativos. Envolvieron el cuerpo en lienzos junto con especias aromáticas, como era costumbre preparar el cuerpo para la sepultura entre los judíos. Lo depositaron con reverencia en un nicho labrado en la roca, en una tumba. La tumba nunca había sido usada, y estaba en un huerto que pertenecía a José. Era el día antes del día sábado judío. (Juan 19:38-42.)

Al día siguiente, Pilato dio permiso para que se vigilara la tumba cuidadosamente hasta el tercer día, para que los discípulos no pudieran robar el cuerpo y decir a la gente que Jesús se había levantado de los muertos, como se había profetizado. Los principales sacerdotes y fariseos aseguraron la tumba poniendo la guardia y sellando la piedra. (Mat. 27:62-66.)

A la mañana siguiente, antes del amanecer, María Magdalena y María, la madre de Jacobo, habiendo preparado especias y ungüentos, fueron a la tumba de Jesús y encontraron que la piedra que la cubría había sido quitada. Al mirar adentro y no encontrar el cuerpo, se apresuraron a buscar a Pedro y a los demás Apóstoles, y les dijeron lo que habían visto. Pedro y Juan fueron corriendo al sepulcro. Juan llegó primero que su compañero mayor, se agachó, y miró con asombro el sepulcro abierto. Pedro, al entrar en el sepulcro, vio los lienzos y el sudario donde había estado el cuerpo de Jesús. Luego entró Juan, y a pesar del temor, los iluminó una nueva esperanza, que mas adelante se transformara en un conocimiento absoluto,

de que Jesús había resucitado, aunque nadie lo había visto todavía. Los dos Apóstoles volvieron a sus hermanos.

María se quedaba llorando junto al sepulcro cuando alguien se le acercó. Pensando que era el hortelano, le preguntó dónde había llevado a su Señor; Jesús le dijo: "María".

Jesús mismo estaba de pie a su lado, pero no de la forma que ella lo había conocido; ahora era un ser resucitado y glorificado. Entonces ella reconoció al Señor y debe de haber tratado de abrazarlo, porque El le dijo: "No me toques, porque aun no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios." (Juan 20: 17.)

Llena de asombro, se apresuró a obedecer y a comunicarles este glorioso mensaje, el cual daría esperanza a todos en todas las épocas, y al cual ella agregó su declaración de que había visto al Señor. (Juan 20:1-18 .)

Mas tarde, unas mujeres que llevaban especias para la preparación final del cuerpo para la sepultura, miraron adentro del sepulcro y vieron ángeles que dijeron: "...buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado. . ." "¿Por que buscáis entre los muertos al que vive'? No esta Aquí, sino que ha resucitado." (Mar. 16:6; Luc. 24:1-6.)

Los ángeles les dijeron que avisaran a los discípulos, pero estos no les creyeron (Mar. 16:7;Luc. 24:9-11)

El Evangelio según Lucas dice que ese mismo día. dos de los discípulos de Jesús iban camino a una ciudad llamada Emaus, a unos 13 kilómetros de Jerusalén, y que hablaban con tristeza y ansiedad de los acontecimientos de los últimos dos días.

Mientras caminaban y conversaban, se les acercó un extraño y comenzó a andar con ellos; y aunque ese extraño era el Cristo resucitado, no lo reconocieron .

Los autores de los Evangelios indican que Su conversación se desarrollo mas o menos así:

Jesús les preguntó: "¿Que pláticas son estas que tenéis entre vosotros mientras camináis'?"

Y ellos sorprendidos le contestaron: "¿Eres tu el único forastero en Jerusalén que no ha sabido las cosas que en ella han acontecido en estos días?" "¿Que cosas?" preguntó Jesús.

"De Jesús nazareno, que fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo; y cómo le entregaron los principales sacerdotes y nuestros gobernantes a sentencia de muerte, y le crucificaron .

"Pero nosotros esperábamos que el era el que había de redimir a Israel.

"y ahora, además de todo esto, hoy es el tercer día que esto ha acontecido.

"Aunque también nos han asombrado unas mujeres de entre nosotros", continuaron, "las que antes del día fueron al sepulcro; y como no hallaron su cuerpo, vinieron diciendo que también habían visto visión de ángeles, quienes

dijeron que el resucitó.

"Y fueron algunos de los nuestros al sepulcro, y hallaron así como las mujeres hablan dicho, pero a él no le vieron,

Luego el forastero les dijo: " ¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho !

"¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?"

Y mientras caminaban, Jesús les explicó lo que se habla dicho de Él en las Escrituras, empezando con Moisés y siguiendo con las palabras de todos los profetas.

Cuando se acercaban al pueblo, Jesús apareció como si fuese a seguir su camino, pero ellos lo persuadieron a que se quedara, con estas palabras: "Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el día ya ha declinado".

Entonces permaneció con ellos. Y mientras compartían los alimentos sencillos, Él tomó pan y lo bendijo; luego lo partió y se lo dio. Al hacerlo, los ojos les fueron abiertos y reconocieron al Señor, quien al instante desapareció de su presencia.

Se decían asombrados el uno al otro: "¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras'?"

Se apresuraron a volver a Jerusalén donde encontraron a diez de los Apóstoles y a otros discípulos reunidos a puertas cerradas por temor a los judíos (Juan 20:19), y les dijeron: "Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón".

Los dos hombres entonces les explicaron lo que había sucedido en el camino y cómo habían reconocido a Jesús cuando había partido el pan.

Mientras les hablaban de ello, de pronto el Señor mismo se puso de pie en medio de ellos y les dijo: "Paz a vosotros".

Todos se llenaron de temor porque pensaban que veían a un espíritu, pero Él les dijo:

"¿Por qué estáis turbados, y vienen a vuestro corazón estos pensamientos?

"Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo".

El les mostró las manos y los pies, pero ellos todavía no podían creer porque estaban llenos de gozo y asombro de modo que Él les preguntó: "¿Tenéis aquí algo de comer? Entonces le dieron parte de un pez asado, y . . . miel. Y él lo tomó, y comió delante de ellos".

Entonces les dijo: "Estas son las palabras que os hable, estando aun con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos".

Entonces les iluminó su entendimiento para que comprendiesen las Escrituras, y les dijo: "Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predique en su nombre el arrepentimiento y el

perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén". Y luego les recordó, "y vosotros sois testigos de estas cosas".(Lucas 24:13 48.)

Uno de los Apóstoles, llamado Tomás, no estaba con ellos cuando Jesús se les apareció, de manera que los demás discípulos le dijeron: "Al Señor hemos visto". A eso Tomás respondió: "Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré".

Una semana mas tarde, los discípulos se encontraron otra vez reunidos, y Tomás estaba con ellos; las puertas estaban cerradas, pero Jesús entró y se paró entre ellos, diciendo: "Paz a vosotros". Luego le dijo a Tomás: "Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente".

Muchas veces me he imaginado la intensidad del remordimiento que debió arder en el alma de Tomás, cuando su corazón incrédulo, después de purificado, quiso contestar al Señor.

La única respuesta de Tomás fue: "¡Señor mío, y Dios mío!

"Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron". (Juan 20:25-29.)

Tal vez nunca se hayan hecho declaraciones mas claras que las que se hicieron de la resurrección literal de Cristo. Las escrituras sobre las apariciones a los Apóstoles durante los cuarenta días siguientes a la resurrección, por separado y en grupo, para enseñarles "acerca del reino de Dios" (Hechos 1:3), no dejan lugar a dudas. Juan nos informa que "hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran . . . ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir" . (Juan 21:25.)

Poco después de la aparición de Jesús a los discípulos en el Hemisferio Oriental, apareció a los nefitas en el Hemisferio Occidental. Dios mismo lo presentó a la multitud: "He aquí a mi Hijo Amado, en quien me complazco, en quien he glorificado mi nombre: a el oíd"(3Nefi 11:7).

La gente vio a un hombre vestido en una túnica blanca que descendió y se paró entre ellos. Les habló y dijo: "He aquí, yo soy Jesucristo, de quien los profetas testificaron que vendría al mundo. Y he aquí, soy la luz y la vida del mundo; y he bebido de la amarga copa que el Padre me ha dado, y he glorificado al Padre, tomando sobre mí los pecados del mundo, con lo cual me he sometido a la voluntad del Padre en todas las cosas desde el principio." (3 Nefi 11:10-11.)

La multitud se arrodilló para adorarlo porque recordaron que los profetas habían dicho que el Señor se aparecería ante ellos después de su resurrección y ascensión.

Cuando se lo pidió, se levantaron, y se acercaron a él uno por uno para verlo y palpar las marcas de los clavos en sus manos y en sus pies, y la herida de la lanza en su costado. Al unísono gritaron:

"¡Hosanna!; Bendito sea el nombre del Mas Alto Dios ! Luego cayeron a los pies de Jesús, y lo adoraron" (3 Nefi 1: 14, 16-17). (James E. Talmage, Jesús el Cristo, pág. 761.)

Cuando el Padre y el Cristo resucitado visitaron a José Smith en 1820, el Padre presentó al Señor diciendo: "Este es mi Hijo Amado. ¡Escúchalo!" (José Smith Historia 17.) De esta forma se introdujeron al mundo los maravillosos acontecimientos de la restauración del evangelio de Jesucristo.

En 1832 José Smith y Sidney Rigdon vieron en una visión al Señor resucitado. José registró:

"El Señor tocó los ojos de nuestro entendimiento. . .

"y vimos la gloria del Hijo, a la diestra del Padre, y recibimos de su plenitud;

"Y vimos a los santos ángeles y a los que son santificados delante de su trono, adorando a Dios y al Cordero, y lo adoran para siempre jamás.

"Y ahora, después de los muchos testimonios que se han dado de él, este es el testimonio . . . que nosotros damos de él: ¡que vive!

"Porque lo vimos, si, a la diestra de Dios; y oímos la voz testificar que el es el Unigénito del Padre;

"que por él, por medio de él y de él los mundos son y fueron creados, y sus habitantes son engendrados hijos e hijas para Dios". (D. y C. 76: 24.)

Ahora estos breves acontecimientos que he citado en parte atestiguan que la resurrección y la vida eterna son posibles por lo que Cristo nuestro Señor hizo por cada uno de nosotros. El declaró: "Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque este muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí no morirá eternamente" (Juan 11:25-26). Testifico solemnemente en cuanto a la veracidad de esta declaración, en el sagrado nombre de Jesucristo. Amén.